



LA VUELTA DEL SOLDADO SUIZO.

La anciana madre hila en el rincón mas apartado del aposento en que se reúne la familia; el padre, á quien la sordera aprisiona en un silencio eterno, lee en voz baja aquella Biblia, que pasa de generacion en generacion, con anotaciones de los individuos nacidos ó muertos, y de los matrimonios; la nietecilla arregla un ramillete con las flores de su delantal.

El día va cayendo, y una tenue sombra rodea tan apacible escena. Ningun rumor se siente; todo está en calma, y solo se oyen el ruido monótono de la rueda de hilar, el que producen las hojas del libro

cuando las vuelve la mano del buen viejo, y el de los sordos gruñidos de un perrillo acariciado por la niña. Esta tranquilidad no excluye el sentimiento, porque en medio de ella, aquellas tres almas se fijan cada una en su idea, y tres monólogos interiores se elevan al mismo tiempo hácia el cielo, formando un coro misterioso.

La madre murmura una plegaria:

—¡Dios de bondad! protégeme á mi hijo: en medio de esa impia lucha que diezma los generosos mancebos de la Suiza, haced, Señor, que no hiera y que no sea herido. Devolvédmele tan fuerte y hermoso como

20 DE JUNIO DE 1852.



me lo concedisteis, y tan amable y pacífico como lo hicieron mis tiernas amonestaciones.

En tanto que la madre dirige al Eterno esta súplica, el anciano, con la vista fija en el libro de los Macabeos, repite en su corazón:

—El hijo ha interrogado á su conciencia; ella le ha dictado su deber, y él ha obedecido. Si vive, le amarán sus hermanos; si muere, le recibirá Dios, porque vivo ó muerto habrá defendido la verdad.

Entre estas dos meditaciones austeras, el pensamiento de la nietecilla se mece, como la golondrina entre las revueltas de un edificio sombrío:

—Mi hermano ha ido lejos, muy lejos. ¿Qué me traerá cuando vuelva? Juguetes hechos por los pastores, conchas, cintas de brillantes colores, y libros con santos iluminados. Traiga lo que quiera, yo deseo que venga pronto.

Mientras parece que se confunden en un solo pensamiento estas tres almas, resuenan pasos precipitados hacia la parte exterior... se acercan... la puerta se abre... y se oye una exclamación. Es él! ¡Es el hijo anhelado! ¡Es el hermano á quien se espera! La madre se levanta y extiende los brazos; la hermana pega su boca al oído del abuelo y le grita la buena noticia; hasta el perrillo se adelanta gruñendo de alegría, y un rayo de sol que acaba de penetrar por la puerta entreabierta ilumina el contento de la familia.

¡Cuántas lágrimas contenidas brotan ya de los ojos! ¡Qué de abrazos! ¡Qué de preguntas! ¡Es preciso también que el joven militar narre lo que ha visto, lo que ha sentido, lo que ha hecho! Pero puede hacerlo sin vacilar, porque nada tiene que temer ni que ocultar: así es que á todos satisface con arreglo á sus deseos. Habla á su madre de las mujeres que ha salvado; á su padre de la tranquilidad que experimentaba en los combates. Por último, regala á su hermanita la escarapela que ha llevado con honor en los campos de batalla, reservando para sí el recuerdo de las crueles pruebas que ha sufrido, y en las cuales entró como ciudadano para salir de ellas como hombre.

## APENDICE A LA HISTORIA DEL MATRIMONIO.

### SALA RESERVADA DEL MUSEO MATRIMONIAL.

#### GUADRO PRIMERO.

##### EL SOLTERON.

De la mala mujer te guarda  
Y de la buena no fies nada.

Esta pintura, que fué regalada al museo matrimonial por una doncella que murió sin abandonar su estado á la edad de 109 años, no está hecha sobre lienzo, ni en papel, ni en cobre, sino sobre una tabla de una naturaleza tan dura, que despues de haber convenido los inteligentes en que era roble, han declarado todos unánimes que debió ser un roble de los tiempos primitivos, cuya especie ha ido degenerando con los años. Esta circunstancia, y la no menos notable de haberse infiltrado el color en sus poros, hace que el cuadro esté tan entero como el día en que le acabó su autor. No se ven en él ninguna de las señales con que el tiempo atestigua su inmutable carrera, y en vano su última poseedora y otras sus amigas, y otras y otras honestas doncellas probaron á lavar la pintura con cuantos cosméticos hallaron en su tocador, y aun con otros reactivos químicos de no menos fortaleza. Cuantos esfuerzos hicieron por borrar de la tabla la figura del solteron, fuéron inútiles. Por último, y esto parece milagroso, la arrojaron al fuego y ni aun lograron que se calcinara, como ordinariamente habria sucedido tratándose, no ya de una tabla, sino de una piedra.

El solteron que vamos á presentar á los lectores ha resistido á todos esos tratamientos sin dar la menor señal de flaqueza. En la actualidad se mantiene tan lozano y tan fresco, que siempre parece que ha sido pintado el día anterior.

Para que nuestros lectores puedan juzgar por sí propios de la verdad con que hablamos, alcemos la cortina y vean el cuadro:

Enamorado de sí mismo, no por lo que él vale, sino por lo que cree que dejan de valer los demás, el solteron de que hablamos es pariente directo de aquel Narciso que se enamoraba de su propia imagen retratada en la superficie del lago. El fondo del cuadro es un desierto que en vano quiso cubrir de flores el artista; el rosa de los ensueños dorados y el verde esperanza, se agostaron en la paleta. Nada pudo crecer á la sombra del personaje del cuadro, y con razon al verle una doncella de cincuenta y pico, parodió unos versos de Zorrilla de la siguiente manera:

Ay! el hombre solteron  
sobre la tierra que habita,

es una planta maldita  
sin fruto de bendición.

Y tuvo razon la experimentada doncella, porque el personaje en cuestion no es un célibe menor de edad que aun puede dejar de serlo, sino un mayor de edad que no puede ser otra cosa sino lo que está siendo actualmente; no es, en suma, un célibe novicio, sino el padre maestro del noviciado. Y esto nos obliga á no llamarle solterito, ni soltero, ni solterazo, sino solteron. Solteron á boca llena, siquiera cierren las suyas al oírnos todas las mugeres, por ser el solteron un manjar que no les pasa nunca de dientes adentro. Véase sino las diabluras que han ensayado para borrar esta pintura, y se comprenderá una parte, aunque pequeña, de la aversion que la tienen; sirviendo esto al propio tiempo para dar á conocer lo costosa que es la profesion en el celibato seglar. Porque no vayan VV. á creer que el grado de solteron se adquiere á dos por tres, y que los que le llevan han tenido que hacer unas pruebas terribles. Todo lo fácil y económico que es el título, no el ejercicio del casado, como ha podido ver el lector en los cuadros del museo matrimonial, tiene de difícil y de costoso el diploma de solteron. Dice el autor de este cuadro, y cuando él lo dice estudiado lo tiene, que el celibato permanente no está al alcance de todas las fortunas, y aun afirma, con sobrada razon por cierto, que semejante oficio solo pueden ejercerle los hombres muy ricos. Téngase sabida esta circunstancia para que no asuste á los profanos el lujo del retrato; pero que no sirva de cebo á las doncellas, porque el original de este cuadro ha sido declarado por un consejo de madres de familia, célibe impenitente y soltero contumaz y condenado en última instancia á pasar el resto de sus días en el hospital de solteros incurables, vulgo solterones. Ultimamente, y ahora sí que va de veras, álcese la cortina y examínele cada cual como mejor le acomode; teniendo en cuenta que ese exámen no puede hacerse de prisa, porque seria trabajo perdido.

A primera vista parece un joven que apenas está libre de entrar en el sorteo de la quinta, y sin embargo, cuando se alistó en la Milicia Urbana (Q. E. P. D.) habló á sus compañeros del continente marcial de las tropas de Angulema, y se felicitaba de haber escapado con vida en la jornada del Trocadero. De la guerra de la Independencia no hace memoria, porque Murat fué compasivo con los niños de las escuelas, y solo sabe que su padre no ponía muy buena cara á dos huéspedes franceses que le recomendó el alcalde de barrio. Damos estas ligeras noticias para que los polvos negros no sorprendan la buena fé de nadie, haciendo que el cabello se avergüence de estar matizado de blanco. En el mismo caso se halla la barba, aunque esta solo le debe al tinte dos medias patillas, porque el resto lo pasa á cuchillo diariamente la navaja de afeitar. El lector no recordará haber visto, ni es posible que vea nunca un solteron, que desayune el estómago sin haberlo hecho primero con la cara, limpiándola de los puntos grises que tienen la imprudencia de brotar en la barba. Es tambien de rigor que no usen bigote, ni menos perilla, y si alguno se permite semejante licencia, nosotros podemos asegurar que nuestro retrato no gasta ninguno de ambos adornos.

Media modesta y angosta patilla, perfectamente atusada sobre el colorado y lustroso carrillo, ajusta perfectamente en su parte inferior con el cuello del camisolín, que siempre es blanco y rara vez sufre otro corbatín que no sea del mismo color. El cabello, partido en tres grupos ni mas ni menos que las tres potencias que clavan los escultores en la frente del niño de Dios, es el peinado que conservó desde el año del cólera, y en el cual se permite alguna licencia menos la supresion del *tupé*, que no parece sino que es el símbolo de su honestidad segun se afana por conservarlo.

Respecto al traje, no es tanta su consecuencia, y á escepcion de las travillas en el pantalón y del zapato escarpin de oreja para verano, cosas ambas de que nadie le ha hecho prescindir, se ajusta en las demás prendas al gusto del día, y nada le dice al sastre porque le siga vistiendo de pollo, siempre que la moda no invente algo que descomponga su cabeza. Como por ejemplo: el corbatín bajo y el sombrero de ala muy ancha. En este último punto se inclina mas bien á los de punta de sorbete que á los de campana y á los bajos. Pero no es su manera de vestir ni su facha despues de vestido lo que se ve en esta pintura; lo que ha llamado la atencion de los inteligentes, es la historia del boceto, no el desempeño del cuadro.

Figúrense VV., para que tengan una idea del trabajo que le habrá costado al pintor salvar su modelo de la *almadraba* de las suegras, que ahora tiene cincuenta y cinco inviernos cumplidos, y el primer anzuelo se le echaron antes de cumplir las quince primaveras. Era una red traidora, porque se puso dentro de la familia, y aunque la prima en cuestion estaba ya doblemente en sus trece, y no necesitaba tutores para hacer el amor al niño, terció en la dificultad una tia, que bendito sea Dios que la crió! no habia en aquel entonces mejor almadraba de buche en toda la tierra de los casamenteros. Púsosele al mucha-



cho de *paso* y de *retorno*, al *derecho* y al *revés*, pero fuese por inclinación propia ó por consejo de algun atun corrido y experimentado en materia de almadras, el mozo obtuvo de su padre la licencia para viajar por el extranjero, y á su vuelta traía cinco años mas de edad y con ellos y la experiencia de los viajes, una resolución heroica de conservarse en el estado honesto sin recurrir al claustro.

Semejante reto, y una gran herencia que acababa de recibir, escitó la codicia de los suegros, y sin que él llamase á concurso, acudieron mas de cien doncellas á optar á su mano, seguras todas de rendir muy pronto la fortaleza, y entrar á saco en aquel corazon de piedra berroqueña. Pero ninguno de los diferentes métodos de pesca que cada una puso en planta, produjo otro resultado que el obtenido por la almadra de la tia, y fueron necesarios veinte años mas para que se convenciesen las opositoras de que aquel pez no cabia en ninguna de las redes que le habian echado.

Duro de pelar era ya el soltero de cuarenta marcos, y abandonado por las inespertas doncellas, pasó á poder de las viudas jamonas, que no fueron mas afortunadas que sus antecesoras, á pesar de haber hecho mayores esfuerzos por conseguirlo.

El autor de este cuadro afirma que á ser posible enumerar todos los recursos de que se valieron para redimir aquella alma del cautiverio en que la tenia la soledad, no habria lector que compadecido y prendado de la tenacidad de las viudas no las ofreciese al punto su blanca mano. Y tanto le preocupó esta idea, que al respaldo de la tabla escribió los nombres de las que mas se habian distinguido en la conquista, con una nota en la que rogaba á los solteros, que por caridad dejasen de serlo, casándose con alguna de aquellas señoras.

Si se establecia por su cuenta con criados de su confianza, ganaban al ama de llaves (proeza increíble) para que le predicase á menudo sobre la necesidad que tenia de buscar una muger que cuidase de su persona y de sus intereses. Si se acomodaba de huésped, le armaban mil historias con la comida, y seducian á la planchadora para que le tostase las camisas, y al criado para que no le oyese llamar cuando volvía de la tertulia, y le hacian otras tantas diabluras por el estilo. En suma, todos los años salía á veranear, y ni aun entonces se veía libre de los atentados contra su libertad. Hubo muger, y esto es histórico, que escribió á sus *corresponsales* para que se le prepararan mientras estuviere por allá.

Desgraciadamente, y con dolor lo decimos, nada consiguieron, y le desahucaron despues de cumplidos los cincuenta años. Desde entonces ninguna muger le combate de frente, y sin que renuncien del todo á su conquista, le flanquean alguna vez por el ridiculo, tratando de excitar su vanidad con la mitológica suposición de que no ha encontrado ninguna muger que le corresponda. Nuestro soltero no se rinde mejor á esas insinuaciones que á los anteriores bloqueos, y tal cual le han visto VV. en el cuadro, ha empeñado su palabra de acabar la vida.

Pero guay con creer que es todo oro lo que reluce y que el soltero no tiene otras penas que las de teñirse el pelo y escuchar las chanzas de sus amigos. ¡No vayan VV. á creer por lo que da de sí la pintura que tenemos á la vista, que sus males son el no tener quien por amor le recoja la ropa, ni quien cuide de que el criado no se duerma y le haga sufrir en la calle media hora de nieve! Esas faltas y otras muchas las remedia el dinero, y ya hemos dicho que generalmente le sobra al que por capricho se conserva soltero toda la vida. Para las penas de que hablamos no tiene bálsamos el Perú ni las Californias, y su único remedio está en el corazon de la muger que amamos, ó mejor dicho de la que nos ama; y no es lo mismo que á serlo estaba completamente asegurada la dicha de la humanidad. Diferencia importantísima cuya difícil resolución engendra generalmente el tipo de que nos ocupamos. Que sea franco con nosotros el soltero que tenemos á la vista, y nos diga si no es cierto el temor de una eleccion equivocada lo que le hace llevar su honestidad al sepulcro. Que nos diga si cansado de los placeres de la mesa, de los viajes y de cuantas diversiones ofrece la sociedad, no daria todas sus riquezas por alcanzar para el resto de sus dias el modesto goce que da al artesano honrado la ternura de su propia familia. ¿De qué le sirven los criados que le alquilan una ternura glacial é interesada, en los momentos en que su alma, enferma por una afeccion cualquiera, necesita desangrar su dolor en el pecho de una esposa querida, ó refrescar su frente con las lágrimas inocentes del fruto de su amor? ¿Para qué le aprovecha el oro que codician sus herederos, si á la cabecera del lecho mortuario no tiene una alma que quiera recoger el último aliento de la suya? La familia es el único bálsamo que puede endulzar los últimos terribles momentos de la vida, y la familia no se vende.

Todo el oro del mundo no alcanza á improvisar una madre, una esposa ó un hijo. Esas prendas no se compran, se cambian.

Pero nada de eso quiere confesar el soltero que pasa de los cincuenta, y semejante contumacia le ha valido el nombre de soltero. Cada dia que pasa desde que ha creído imposible que ninguna muger le

quiera, por otro fin que por el de heredarle, siente con mas fuerza la necesidad de la familia, y distrae su pena satirizando á los que se casan con los manoseados refranes de que «con la muger y el fuego, ni burla ni juego», y el otro que sirve de mote á este cuadro.

Es lo cierto sin embargo que se aburre de tener por único semejante al hongo, y que hastiado de todo huye de su generacion, y la naciente le mira con lástima, dándole desde lejos el ¿quién vive? cuando adobado y teñido intenta ocultar entre la juventud arrogante su anciana decrepitud.

Así acaba su vida, sin que nadie sepa su muerte, hasta que los herederos le han regateado una modesta sepultura, que nadie visita, y sobre la que no se vierte jamás una lágrima.

El desastroso fin del cuadro que acabamos de esponer al público haria que las gentes se retirasen compungidas, sino se hallase al lado (¡contrastos de la vida!) el famoso lienzo de LAS MIL Y QUIENTAS SOLTERONAS, que aunque perteneciente á la sala reservada del museo, presentaremos á continuacion.

ANTONIO FLORES.

## LA HIJA DE LOS BOSQUES.

CUENTO POR LA NEREIDA.

(Conclusion.)

La piedra donde la muger de la barca habia dejado la espada, era el lugar del mallo ó consejo, y pronto los galos se formaron al rededor de ella en una especie de procesion, que presidian los bardos cantando alabanzas sagradas acompañadas del laud; seguian los senanis ó filósofos, doce embagos con puñales en la mano, y cuatro guerreros que llevaban un enorme escudo donde reposaba el cadáver de la sacerdotisa.

Púsose detrás la muger que los llamaba, á quien seguian guerreros jóvenes, ancianos, mugeres y niños. Depositaron el cadáver en la gran piedra; extendió la nueva sacerdotisa un paño de lienzo donde estaba el muérdago sagrado, repartiéndolo á la asamblea, y subiéndolo en un tripode, giró la vista en torno suyo, y con voz agitada exclamó:

—¿Qué es esto, guerreros? Busco en mi rededor las vírgenes de la isla y me hallo sola entre vosotros: una débil muger resta de la estirpe de aquellos venerados druidas, cuyos consejos buscaban nuestros mismos enemigos. ¿Os acordais del brillo de nuestras ceremonias? Oh! no puede borrarse este recuerdo, porque está unido á la memoria de la libertad. La tempestad acompañó á vuestros padres hasta el pié de los grandes palacios, y el capitolio se tendió en el suelo para que pasaran vuestros caballos. Pero la debilidad entumeció vuestros corazones, y Teutates permitió que las águilas romanas anidasen en vuestros bosques. ¡Ay de los vencidos!... Las cadenas sujetaron vuestros piés... Abandonásteis las natales selvas, y buscásteis nueva patria en la patria de las tempestades... ¿Y qué, será preciso que abandoneis tambien las islas? Llorad por los que mueren... Pero Teutates no llora; ella quiere sacrificios: llorad y la tempestad os ahogará; cuando llenos de gozo vayais á levantar el escudo que nada sobre las aguas para abrazar á vuestro hijo, el rayo os herirá... ¿Por qué acogisteis sin consultar al cielo al falaz extranjero que vino á turbar la paz de nuestro destierro?... Horrible falta! sacrilegio impio que exige venganza!... Hé ahí mi hermana; su sangre pide sangre!...

Un ahullido horrible lanzado por los guerreros, repitió las últimas palabras de la sacerdotisa: agitaron en el aire sus lanzas; chocaron unos contra otros los escudos, y todos los ecos del bosque repitieron: «Sangre, sangre!»

—Oid, continuó la sacerdotisa; el dios habló, está irritado, pide una víctima.

Entonces se adelantó de entre los guerreros un hermoso jóven, deja en el suelo su escudo y su lanza, y dirigiéndose hácia la sacerdotisa dijo:

—Intérprete de los dioses, he aquí la víctima. Entre todos los guerreros que viven, mi padre fué el primero que respiró el aura de los bosques: su fortuna es grande, debía morir en el primer sacrificio; pero es una misma la sangre de su hijo, y Teutates sonreirá al verla correr en sus aras.

A una señal de la sacerdotisa se adelantaron los embagos, inclinan la víctima sobre la piedra sagrada, desnudan su cuello; y ya aquella muger terrible levanta el puñal para sepultarle en la garganta del desgraciado, cuando un anciano atraviesa por entre la multitud, separa al jóven, y poniéndose en su lugar exclama:

—Descarga el golpe. Pesan mucho mis años para venir temprano; pero mi hijo es grande, él no consentiria que otro ocupase mi lugar. Descarga el golpe!...

Pero entonces á su vez sale de entre los árboles un extranjero, salta sobre el Dolmin y cogiendo el brazo de la sacerdotisa:



—Detente, dice; yo soy el culpable; llenad vuestras copas de oro en mi sangre, pero perdonad á mis inocentes y desgraciados compatriotas.

Era Lisandro...

No es posible pintar el efecto que produjo en los bárbaros aque noble mancebo, vestido á la griega, flotando al aire sus cabellos de ébano y con un continente que hermoseaba el dolor. Cruzó por los ojos de la sacerdotisa una ráfaga de ternura; era muger y las bárbaras supersticiones son impotentes contra la naturaleza.

—Guerreros, dijo volviéndose á sus fanáticos compañeros; mengua sería que la sangre de un extranjero indigno manchase las aras de nuestro dios. El está satisfecho de vosotros y perdona á la víctima; pero yo vengaré la muerte de mi hermana. Llevadla á la isla de los sepulcros; acostadla en el lecho del eterno sueño, y que los primeros rayos del sol saluden todos los días su tumba. La cólera del dios será satisfecha: negros tormentos asaltarán el sueño del vil romano, y cuando la noche haya envuelto tres veces las montañas acabará en las olas del abismo.

Ejecutaron todos sin replicar las órdenes de la druidesa; colocaron el cadáver en una balsa, y todos los guerreros la siguieron en otra, dando gritos de dolor hasta que llegaron á una isla inmediata. Volviéndose la sacerdotisa á Cirilo, que habia acompañado á su amigo.

—Marcha, le dijo; vuelve á tus compañeros y diles que este romano queda en mi poder.

Iba á replicar Cirilo, pero conociéndolo ella, mandó á dos embagos que le llevasen hasta la estremidad de los bosques, ordenándoles que la dejaran sola hasta que su venganza estuviera satisfecha y aplacada la sombra de su amiga.

V.

Cuando quedó sola Dolmira, que así se llamaba la druidesa, condujo á Lisandro al hueco de una roca, habitación de las sacerdotisas, cuya entrada estaba prohibida á todos los galos.

Habia pasado la tempestad: el viento barria las nubes, y en medio de la azulada bóveda pendía el astro de la noche, cuyos rayos de plata penetraban oblicuamente en la gruta de Dolmira. El griego, conside-



(Escena en los bancos del Prado.)

rando el grande infortunio que pesaba sobre él y sobre sus compañeros, era extraño á cuanto pasaba en rededor suyo, y recostado sobre el lecho de la virgen, formado de blandas pieles, parecía que el dolor abatía su vigor y su energía. Dolmira, de pié, delante de él, admiraba aquel hermoso rostro que el pesar hacia mas interesante, y se hubiera creído que luchaba entre el deseo de hablar y el temor de decir. Por último, despues de una larga incertidumbre, rompió la sacerdotisa el silencio diciendo:

—Guerrero, ¿por qué guardas tus ojos de mis ojos? Yo soy dueña del corazon de los galos, mi morada es sagrada para ellos, y á mi lado nada tienes que temer. Es un gran delito engañar su confianza; pero ¡ay de mí! la terrible druidesa se ha convertido en una muger vulgar.

—¿Qué es lo que dices? contestó Lisandro. ¿Has suspendido mi muerte para gozar en mi agonía?

—Te engañas, continuó ella; esta misma esterilidad feroz te ha salvado. Ay! cuando prometí vengar una sombra querida con tu muerte, á poco me hace traición mi corazon: tú mataste á mi hermana, y yo hubiera sido sacrificada por causa tuya...

—Oh! quién puede creer que se albergue un sentimiento generoso en un pecho que pide sangre! Tu mano, muger, está acostumbrada á

hundir el puñal en el cuello de las victimas, y tus mejillas se han salpicado con sangre...

—Insensato!... El corazon de la sacerdotisa debe estar cerrado á todo sentimiento débil; pero el mio se ha conmovido al verte... y sin embargo, latió pausadamente, siempre que sentada sobre la mas alta roca, y en medio de la noche, conjuraba á las tempestades que abrian las montañas en torno mio, y desgajaban sobre mi cabeza una lluvia de fuego... Habla, qué deseas? pronuncia una palabra y serás obedecido. Yo te presentaré como el amado de Teutates, y el galo humillará su altiva frente ante ti. ¿Quieres acaudillarlos y vengarte con ellos de los ultrajes de tus enemigos?

—¿Por qué hablas así, hija de los bosques? ¿Quieres burlarte de mí porque estoy en tu poder?

—Oye, continuó ella; tus dias me pertenecen, pero la sacerdotisa de los galos quiere tambien tu corazon.

—Te has engañado; tus encantos no harán latir mi corazon.

—Pobre hermana mía! exclamó entonces Dolmira con amargura; él traspasó tu pecho porque le amabas, él traspasará tambien el de tu desgraciada amiga.

—Ella me amaba!...



—Sí, contestó la druidesa; y acercándose á Lisandro, y tomando con violencia su brazo, añadió: si, te amaba desde el funesto día de vuestra llegada, en que á persuasiones tuyas os dieron hospitalidad nuestros guerreros. Tú eras su única ilusión, y en medio de los bosques sagrados preguntaba á todos los seres nuevas de su amante. Nadie era confidente de sus penas mas que yo; reprendíala tamaña debilidad, pero la infeliz contestaba: El cielo me castiga, no hay duda, pero ¿por qué formó tan hermoso mortal? ¿por qué permitió que mis ojos le vieran?... Mira, Dolmira, me decía, es su cuerpo tan esbelto como el cedro da la Armórica, sus ojos son como el rayo de las tempestades, y el sonido de su voz es semejante al céfiro que acaricia á las flores en las deliciosas mañanas del estío. Ah! desdichada amiga, tanto amor precipitó tu lozanía en la tumba!...

—Calla por Dios, dijo el griego, no me recuerdes una culpa que cometí inocente.

—Escucha, añadió la sacerdotisa: mi hermana sabía que amabas á otra... ay! yo tambien lo sé!... Sabía tambien que una ceremonia extraña te iba á unir para siempre á tu amante: ella estaba celosa... Oh! ¿sabes tú, añadió Dolmira con vehemencia, sabes tú lo que son los celos en el corazón de una hija de los druidas? Mira, griego, quisiera que toda la lava del gran cráter cayera gota á gota sobre mi corazón, para estarle abrasando años enteros, antes que verte tributar caricias á otra muger. Porque mi hermana tenía razón: tus ojos son como el rayo que mata, y tu voz es como el aura de las montañas. ¡Ay de aquella á quien amaras amándote yo!...

—Dios mío! exclamó Lisandro aterrado ante la siniestra espresion de la sacerdotisa.

—Escucha, volvió á decir Dolmira despues de un momento de pausa: mi amiga te vio salir de tus tiendas la tarde funesta; ella te seguía por entre los bosques, y ella te mandaba tiernísimos suspiros entre los ecos de las montañas. La infeliz lloraba, porque te amaba mucho y no quería privarte de que amases á otra. No era ya la sacerdotisa de los galos, era una débil niña que vivía por un resto de ilusión... ¡Ay de mí! mañana seré yo tal vez una pálida flor sin frescura ni lozanía!... Volvías de la caza, y acertaste á pasar por un dolmin: ella te observaba escondida, y mil veces extendía los brazos hácia tí, demandándote la muerte ó la vida... De pronto la becerra sagrada salta por entre vosotros, para avisar á los galos que un extranjero hollaba con su planta el recinto de Teutates: tú disparaste contra el pobre animal, y la flecha fué silbando á atravesar el corazón de mi hermana, en el momento que abría los brazos pidiéndote la vida ó la muerte...

—Oh! basta, basta, dijo Lisandro; destrozas mi corazón!...

—Ella murió... ay! ¿por qué no atraviesas mi pecho con tu espada? ¿Qué dulce debe ser morir por el que se ama!... Yo envidio á mi amiga!... Lisandro, árame ó márame á tus piés... Y Dolmira cayó llorando á los piés del griego.

Dolmira!... Oh! Dios mío! dame valor para resistir tanta seducción; y el guerrero escondió su frente entre sus manos.

—Qué! añadió la sacerdotisa, ¿las hijas de los bosques son menos hermosas que vuestras griegas y romanas porque desconocen el precio de sus encantos? Ah! tú has amado: pero la muger que amaste, ¿era mas esbelta que yo? ¿sus cabellos bajaban como los míos hasta el borde de su velo? ¿sus brazos y su cuello eran mejor contorneados? ¿sus ojos expresaban mas amor que los míos?... Amala si es mas bella que yo; pero sino dame tu corazón...

Sollozaba el griego y temblaba por sí mismo en medio del arrebatado de la joven.

—Dame la muerte, hermosa hija del desierto, exclamó Lisandro, dame la muerte porque no puedo ser sensible á tus hechizos. Diótima, cara Diótima, Cirilo, venid á mi socorro; pude resistir á los ejércitos, pero tiemblo ante una muger tan extraordinaria.

Entonces se alzó con orgullo Dolmira, volvió la espalda al guerrero, y huyó de la gruta, dejando á Lisandro entregado á los mas tristes presentimientos.

## VI.

Pasaba Lisandro el día en la soledad, y solamente por la noche se presentaba Dolmira, que sin desplegar sus labios dejaba leche, pan y algunas frutas sobre el suelo de la gruta, desapareciendo al momento para no volver hasta la noche siguiente. En tanto la triste druidesa erraba por los bosques, llamaba sobre sí los rayos del cielo, é invocaba los manes de su amiga abrazando el montecillo que guardaba sus cenizas. A la manera que una cierva traspasada por el agudo dardo, lucha y forcejea por desprenderle, hundiendo cada vez mas en su cuerpo el hierro fatal; así la sacerdotisa se esforzaba por arrancar de su alma la idea que la ocupaba, sin conseguir mas que agravar su dolor, y ver cada vez mas bella y mas risueña aquella imagen que estaba grabada en su pensamiento. En vano buscaba las risueñas perspectivas que la naturaleza la ofreció en otros tiempos y ocupaban su alma elevándola hasta los cielos; en vano pedía fuerzas al huracán, y en

vano procuraba embriagarse en aquellas sangrientas ideas de sacrificios que despertara en ella la tempestad; en vano, porque la naturaleza le presentaba á su amado como el ser mas bello é ideal, el huracán traía á sus oídos palabras de amor apenas articuladas, y entre las montañas de nubes que acumulaba la tempestad, veía cabalgar con audaz soberbia á la sombra del querido de su corazón. Ay! cuando la pasión ocupa nuestro pecho, el pensamiento no es mas que el espejo de nuestro corazón.

Pasaron muchos días. Una mañana la sacerdotisa estaba sentada sobre la tumba de su amiga; el crepúsculo matutino se enlazaba con el crepúsculo de la tarde anterior, formando uno de esos días sin fin de las regiones del Norte; multitud de nubecillas se alzaban en el Oriente formando un grande arco de plata, y una débil neblina se extendía sobre los campos como si fuera una gasa de luz blanquecina.

Una bandada de cuervos cruzó rápidamente sobre la cabeza de la druidesa lanzando graznidos lúgubres y siniestros. A su vista Dolmira se estremeció.

—Me anunciáis la muerte, aves funestas, dijo con desaliento. La virgen de los bosques ha faltado á sus deberes; los guerreros repartirán su sangre con la copa de los sacrificios. Teutates lo ha dicho. Ese hermoso cerco de nubes, es el ceñidor que el Dios envía para arrastrar mi vida por la inmensidad: ella vagará errante hasta su espiciación. Adios, amiga mía, hermana mía; apenas reverdece la flor que planté en tu tumba, y ya llego tambien á la noche de la existencia. Adios, hermana mía; mis cenizas serán dispersadas por los vientos: ¿quién plantará una flor sobre mi tumba?... Debo una víctima á Teutates: la sangre del extranjero aplacará su sed, y los guerreros me levantarán sobre su escudo... Pero una gota de su sangre ahogaría tambien mi corazón... Adios, amiga mía, tu sombra será vengada.

Besó Dolmira las flores que hermoseaban aquel sitio, y desapareció ligeramente por entre las rocas. Algunos minutos despues saltaba en una barquilla, y en breve llegó á su gruta. Entonces llamó á un embago y le dijo:

—Llégate al campo extranjero, pregunta por Cirilo, y dile que él y Diótima, á quienes los embagos han alejado de los bosques, vengan contigo para bien de Lisandro. Dí tambien á nuestros guerreros, que á la noche cuando la luna salte de su lecho y al pié de la grande encina, tengo que hablarlos. Mis embagos levantarán en aquel mismo sitio una hoguera que haya de devorar la víctima.

Cuando el mensajero se hubo alejado, penetró Dolmira en la gruta donde descansaba el griego: incorporose este al ver á la sacerdotisa, que no acostumbraba á visitarle durante el día. Dolmira se detuvo á la entrada como si temiese alejar el sueño del extranjero: de pié, inmóvil y á la escasa y blanda luz de la mañana que penetraba por entre los agujeros de las rocas, parecia la druidesa una vision aérea que viniese á acariciar los sueños deliciosos del hijo del Pireo. No era ya Dolmira aquella feroz sacerdotisa, cuyo vigor varonil era el orgullo de los galos: el fuego habia desaparecido de sus ojos, y sus mejillas habian palidecido; parecia una linda flor que aun exhalaba fragancia, pero que el huracán habia tronchado del tallo que la daba vida.

Despues de algunos minutos de muda contemplacion, se acercó á Lisandro, y le dijo:

—Oye, griego; voy á hablarte por última vez: no puedes amar mas que á Diótima, á quien invocas hasta en tus sueños: pues bien; yo tampoco puedo vivir sin tí. Escucha: siempre han sido los griegos funestos á las hijas de los galos; pagaron los beneficios con la ingratitud, y el amor con la muerte. Sea así; cúmplase nuestro destino. Verás esta noche á tu amante y á tu amigo, y en tu presencia mi hermana será vengada por mí misma. Teutates necesita una víctima; la sombra de mi hermano quiere descansar.

—Gran Dios! interrumpió el griego: ¿acaso es Diótima la ofrenda destinada á tan impio sacrificio? Antes te compadecia, muger siniestra; pero ahora tendré que aborrecerte.

Dolmira se sonrió tristemente al oír las palabras del griego, y salió de la gruta.

Era ya muy entrada la noche: la luna empezaba á alzarse muellemente en el espacio, blanca y pura como el primer ensueño de la niñez; las cavidades de la gruta repetían en tristísimo eco los cánticos sagrados de los galos, y el ave agorera daba lastimeros quejidos sobre la grande encina. Entonces se inundó la gruta de luz. Presentose la sacerdotisa adornada con sus mejores galas: una túnica blanca ajustada con un cinturón de oro, la envolvía completamente; sus brazos, desnudos, estaban ceñidos por brazaletes del mismo metal; de su cabeza rodeada de verbena caían flotando al aire sus rubios cabellos, que jugaban sobre sus espaldas; llevaba en su derecha el álamó sagrado, y su izquierda sostenía una antorcha que iluminaba la gruta.

—Entrad, dijo la sacerdotisa volviéndose hácia los que la seguían: allí está.

Levantose Lisandro creyendo que llegaban los embagos para conducirlo al sacrificio; pero retrocedió dando un grito de dolor que reso-



nó por toda la gruta, en el momento que Diótima se arrojó en sus brazos.

—Infeliz, ¿adónde te conduce tu arrojó? dijo Lisandro estrechándola contra su pecho.

—A morir contigo, contestó ella llorando de felicidad.

—Seguidme... dijo Dolmira con una voz alterada; y saliendo de la gruta señaló con su mano el sitio donde estaban reunidos los galos, diciendo: hé allí la hoguera!...

Llegaron al lugar del sacrificio, pusieron en pie los guerreros, y sus ojos radiantes de furor brillaban de un modo espantoso al fatídico resplandor de la llama siniestra. Cantaban agitando sus escudos:

«Mañana el bosque vestirá de gala:

¿por qué la flor con sangre reverdece?

hijas las flores son del dios que amamos,

y el dios pide la sangre de los seres.

Ellos vienen allí: son tres ofrendas:

con su sangre á Teutates aplaquemos...»

Ardía la hoguera al pie de la sagrada encina; el aire elevaba la llama, y el humo se esparcía oscureciendo los aires.

—Valientes galos, dijo Dolmira cuando llegó al dolmín; oíd la voz de dios; él habla por mi boca. Teutates se va de aquí... hace treinta noches que los ecos de las montañas me traen tan fatal nueva. Teutates os abandona; ¿pero no os dejará algún ser digno de labrar vuestra ventura? Si: Teutates se va de aquí; pero os adopta el dios del extranjero que aborció á vuestro asilo para haceros dichosos. Los dioses le protegen; su garganta ha sido invulnerable á los golpes del puñal galo que dirigía mi mano con furor. Al querer vengar á mi amiga sobre su tumba, vi al dios que con rostro severo me decía: Detente, es el mortal que guardo para hacer la dicha de los desgraciados: anúnciasele en mi nombre, y la encina sagrada caerá en el instante humillada á sus pies: se cumplirá la antigua tradición de que la última sacerdotisa ascenderá de entre las llamas, para llevar á dios la ofrenda de su pueblo.

Aun resonaban sus palabras en los oídos de los aterrados galos, y la druidesa había desaparecido. Oscilaron las llamas de la hoguera, y por entre su flotante pabellón se divisó el rostro de la bella Dolmira. Fué un instante nada más: el voraz elemento devoró en seguida tanta hermosura y tanto valor. Cayó con horrísono estruendo la caduca encina, objeto de la pública veneración, repitiendo los escudos que pendían de sus ramas y que se chocaron al caer, las últimas palabras de la druidesa: «Teutates se va de aquí!»

Al mismo tiempo una paloma blanca como las crestas de la montaña, salió de entre las columnas de humo que se alzaban de la hoguera, y después de posarse un momento sobre la cabeza de Lisandro, desapareció rápidamente en los aires.

Tantos prodigios reunidos subyugaron la imaginación ardiente de los galos; acercáronse los jóvenes y guerreros al griego y le dijeron:

—El cielo está de tu parte: consentimos en verte nuestro jefe: seremos tus compañeros, pero jamás tus esclavos; pues aunque todo nos faltase, aun tenemos vigor en nuestros brazos, y el galo nunca se rinde.

Lisandro, conmovido por el horrendo sacrificio de Dolmira, aceptó el puesto que le ofrecían los bárbaros. Abatieron estos los escudos en señal de fidelidad; abrazó el griego á los jóvenes mas distinguidos por su esfuerzo, y desde entonces griegos y galos formaron un solo pueblo, que llegó á ser poderoso en estos mares.

Cirilo consagró esta gruta á la Virgen de los Mares, y en ella recibieron Lisandro y Diótima la bendición del sacerdote, y á ella acudieron en breve todos los galos á gozar de los benéficos consuelos de una religión tan distinta de la suya.

Aquí acabó el anciano su relación, que os trasmito, amigo mío, para que no quede sepultada entre los helados desiertos de la isla.

LA NEREIDA.

## LA ALAMEDA DEL PEREJIL,

NOVELA GADITANA.

(Conclusion.)

Turbóse no poco la exaltada Rosita al escuchar aquellas vulgares razones, y mas aun el tono de necia imperturbabilidad con que habían sido pronunciadas: contempló un rato con asombrados ojos á su interlocutor, y haciendo después un esfuerzo sobre sí misma, le dijo con grave sequedad:

—Confieso que me ha sorprendido su respuesta de V. mucho mas de lo que es capaz de imaginar; pero mi posición en este crítico instante me impone el sagrado deber de manifestarle las razones de mi

conducta, pues ya no me es posible dudar de que he sido víctima de un engaño infame: óigame V. pues atentamente. Pocos dias habían pasado después de su prisión, cuando al volver de misa con mi madre una mañana muy temprano, y como yo me adelantase á llamar en casa, noté al alzar el aldabon de la puerta que había oculto debajo de él, y cuidadosamente pegado con una oblea, un papel muy pequeño y doblado, que arranqué y procuré ocultar, por aquel presentimiento que nunca engaña á las mugeres cuando las rodean circunstancias espinosas: este billete decía así:

«Si quiere V. saber de la persona por quien se interesa, vaya á la Alameda esta tarde: allí recibirá una carta suya por medio de un amigo de confianza: servirá de prueba y de señal el pañuelo blanco que V. sabe se halla en poder del desgraciado preso.»

—Fácilmente obtuve de mi madre el que me condujese al paseo, y en él me entregó ese joven que me acompaña, y mediante la convenida seña, una carta que creí de V., puesto que no conocía su letra: así continuó por algun tiempo esta inexplicable correspondencia, hasta que al cabo, exasperada por los malos tratamientos que sufría, y obligada además por las perentorias circunstancias que me revelaba el último billete, olvidé mi deber, y creyendo seguir á V. puse en práctica la temeraria resolución de que acaba de ser testigo. V. puede imaginar cuál habrá sido mi sorpresa al conocer mi engaño, este engaño que no comprendo aun: así que necesito me explique á su vez cómo aquel malaventurado pañuelo ha podido ser el móvil de esta infernal intriga, y cómo en fin encuentro á V. aquí en ese traje, con que sin duda se ha disfrazado.

—Disfrazado! replicó malignamente Currito, quizá sea esta la primera vez que me ha visto V. como soy. Pero como esto pica en historia, yo le contaré á V. la mía, pues nunca ha sido mi fuerte el secreto. Ha de saber V. pues, señora, que yo soy hijo de un honrado contrabandista de Los Barrios, el cual hizo muy buenos pesos en la sierra de Ojen. Era yo ya mozolejo, y no queriendo ser menos que su merced, hice con su hacienda lo que él hacia con la del rey. Moliome de sus resultas las costillas á puros palos, y entonces yo, buyéndome de mi casa, senté plaza de tambor de un regimiento que pasaba á América. Creí en años y en travesura; hicime soldado, y gracias á la habilidad que Dios me ha dado con la baraja, gané sendas onzas, con las que deserté y me embarqué para España. Había yo ya corrido toda ella, cuando el diablo me tentó á venir á Cádiz: pareciome V. prenda muy acomodada para un desertor, y yo no le parecí á V. saco de paja: llevolo á mal la vieja, y una tarde armé quimera con ese mozo, en la que tuve la desgracia de caer en manos de la guardia, la que me llevó á la cárcel. Esta fué mi perdición; pues habiéndose removido el caldo de las requisitorias enviadas por mi regimiento, me sentenciaron á servir diez años de recargo, amen de cincuenta palos con que me deslomaron en el cuartel. Pero no me apuro por eso: los hombres como yo solamente son soldados hasta que hallan dos dedos de camino que tomar por su cuenta, y si es menester nos escapamos los dos hoy mismo, una vez que ya traía V. el ánimo hecho: corremos por el mundo un año ó dos, y luego la vuelvo á V. á dejar en casa, que yo estudié con los jesuitas, y dicen que estos vuelven á poner las cosas donde las encontraron.

Brotaban ira y vergüenza las encendidas mejillas de Rosita al escuchar las palabras de aquel hombre bajo y soez; sin embargo reprimió toda su indignación hasta llegar á adquirir las importantes noticias que aun le faltaban, y así, dirigiéndose nuevamente á su interlocutor, le dijo con dignidad y entereza:

—Mi sexo y mi desgraciada posición actual me autorizan á exigir que se me respete, y V. no debería haberlo olvidado; sin embargo necesito todavía aclaraciones sobre un solo punto, al que espero me conteste de un modo terminante. ¿Por qué incomprensible acaso pasó mi pañuelo de sus manos de V. á las de ese desconocido?

—Eso es lo que yo no sé muy bien, replicó Curro algo cortado; precisamente lo llevaba conmigo cuando fui preso, y como entre buenos compañeros de suerte no debe haber secretos, conté en la cárcel mi historia, sin olvidar por supuesto el lance del balcón: al otro dia uno de los presos, hijo de tia Blasa, la gitana, me propuso un trato acerca de él: resistime un poco; pero ya había jugado y perdido todo mi dinero y no tenía con que desquitarme: en tal apuro jugué el pañuelo á una maldita sota de oros, vino la contraria, y el picaro gitano se lo llevó, aunque le prometí por él cuatro pesetas en cuanto me soprase la suerte.

Iba á proseguir; pero Rosita, cuya indignación había llegado al mas alto punto, cerró con estrépito la ventana, dejándose caer sobre la silla inundada en llanto.

—Hé aquí, se decía á sí misma, el hombre de mi amor y de mis pensamientos, aquel por quien iba á sacrificar hasta mi propia reputación. ¡Cuanto justifican su grosera inmoralidad y bajeza las preven-



ciones de mi pobre madre, á quien he abandonado cruelmente y que en este momento quizá me llora y me maldice!... Y por otra parte, ¿quién es este desconocido á quien mi imprudencia se ha confiado? Todo me indica que es otro infame que abusando de mi insensata credulidad me ha engañado también para lograr perderme; pero yo no volveré al mundo con esta mancha en mi opinión. Un convento: hé aquí la perspectiva de mi suerte.

Al acabar de decir estas palabras abrióse la puerta de su encierro y se presentó en él un honrado sacerdote, antiguo amigo de su familia.

—Consuélese V., Rosita, la dijo al entrar; vengo á conducirla á su casa. Su madre de V. ignora las circunstancias culpables de su fuga: le he dicho que hostigada por su proceder había buscado un asilo en casa de cierta respetable señora á quien conoce, y por este medio he abogado por un perdón que le ha sido concedido.

—¿Cuánto se lo agradezco á V., padre mío! exclamó la jóven; pero antes de partir es forzoso que yo hable á ese hombre á quien no conozco, y que por inesplicables circunstancias se halla complicado en mi loca resolución: nuestra primera y última entrevista debe verificarse aquí y en presencia de V.

—Es imposible, hija mía, há media hora que partió de órden superior. Su padre D. Braulio ha sido atacado esta noche de un accidente apoplético, según era de temer, y al irlo á despertar por la mañana se le ha hallado sin esperanzas de vida; pero la muger que la acompañó á V., y que era criada suya, pretende entregarle una carta que dejó escrita al partir; yo la he mandado esperar hasta poner en su noticia estos importantes acontecimientos.

Previo el permiso de Rosita fué introducida en la habitación la vieja Remigia, trémula aun y llorosa: una vez allí alargó el billete á la persona á quien iba dirigido; pero esta rehusó tomarlo, y dirigiéndose á la recién venida, le dijo:

—Antes de todo es menester, señora, que V. me explique cuál ha sido el móvil de su complicidad en este escandaloso suceso, y qué motivos han obligado á su amo á hacerme víctima de un engaño vergonzoso.

—¿Qué me dice V., señorita! replicó asombrada Remigia. ¡Es posible que V. crea á mi Pepito capaz de engañar á V., cuando por su cariño ha tenido que ver á los diablos en casa de la tía Blasa!

Contó á renglón seguido cuanto sabía del enredo de la gitana, y entró detalladamente en los pormenores de la mágica escena del pañuelo, cuyas consecuencias conocen mis lectores, concluyendo con protestar nuevamente acerca de la inocencia y del amor de su señorito.

Escuchola con suma atención nuestra bella fugitiva, sonriose en seguida como si su corazón se aliviase de un enorme peso, y tomó la carta, la cual se hallaba concebida en estos términos:

«Adorada Rosita: Un infausto acontecimiento me aleja de V. por algunas horas, y aunque él es de naturaleza suficiente á absorber mis pensamientos todos, sin embargo, la crítica posición en que se encuentra por mi causa no me permite abandonarla en ella: dividiré pues entre V. y mi moribundo padre estos angustiosos instantes, y mis primeros pasos serán dirigidos á sacarla de un lugar tan poco conveniente á su persona, mientras obtengo la aprobación de su señora madre para nuestro enlace. Entre tanto no dude del amor eterno que le profeso.»

Esta carta venia firmada por primera vez.

Ansiosa recorrió la jóven aquellas líneas, cuya letra conocia harto bien; volvíolas á leer de nuevo, y en seguida permaneció largo rato pensativa y como entregada á una profunda meditacion. Aquel momento iba en efecto á decidir de su vida entera; pero á dicha las circunstancias extraordinarias que la habían precedido, la singular conversacion con aquel hombre despreciable y ruin, y la seguridad de que el cómplice de su fuga era como ella víctima inocente de una intriga diabólica, todas eran razones que abogaban en favor de D. Pepito. Por otra parte; sus cartas tan llenas de respetuosa pasión, el enojo de su padre, que sin titubear había arrostrado solo por ella, la opinión en fin de la jóven, vacilante cuando menos ante la severa mordacidad pública, inclinaban la balanza en que se pesaba en aquel punto su propia suerte... Sin embargo era forzoso decidirse, y levantándose al cabo con ademán resuelto se dirigió al sacerdote diciéndole:

—Vamos: dirá V. á mi madre que su hija espera su consentimiento para ser la muger del jóven que la ha escrito esta carta.

Marcharon en efecto, y con ellos Remigia, en cuya busca se envió á un criado de su casa: D. Braulio había dejado ya de existir. Seis meses despues la interesante Rosita era ya la feliz esposa de nuestro mancebo. Durante este tiempo las recomendables prendas que lo adornaban, su vehemente y respetuoso cariño, y su agradable figura, habían ido granjeando el corazón de su amante, y al cumplirse el término prefijado para las bodas, Rosita estaba realmente enamorada del que iba á ser su esposo. D. Canuto, el amigo íntimo del

difunto D. Braulio, fué padrino de ellos, y es fama que estuvo tentado á creer que una muger era algo mas que una factura de cacao.

Pepito supo por su amada toda la historia del encantado pañuelo: rióse de su candidez, y en gracia de su ventura perdonó á la tía Blasa; pero esta había desaparecido, renunciando voluntariamente la coraza, para la cual tenia indisputables méritos.

Segun las últimas noticias que ha adquirido el autor de esta novela, puede afirmar á sus lectores que sus dos héroes, hoy ya convertidos en un excelente par de buenos viejecitos, viven y son muy felices rodeados de sus hijos y de sus nietos, allá en un punto de las Américas, adonde los condujeron mucho tiempo há los intereses de su estenso comercio, y en donde recuerdan todavía con placer el célebre paseo, cuna de sus amores. Este, como todos saben, ha desaparecido completamente; pero aun sobrevivió muchos años á su destrucion un árbol único y solitario, que en medio de aquel campo parecia recordar á los gaditanos un suceso notable. La tradicion afirma que debajo de él recibió Rosita el primer billete, y Pepito contempló su primer sonrisa: este árbol, que la antigüedad gentilica hubiera consagrado al dios Cupido, desapareció también poco há; pero el acaecimiento que representaba no fué estéril para el paseo de que hacía parte, y el vulgo, que lo había denominado *Alameda del Perejil*, le llamó en adelante *La Alameda de los Enamorados*.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

FIN.

## BALADA.

### MUCHO Y POCO.

#### LA GITANA.

Estudiante de mis ojos,  
el que los tiene de fuego;  
alarga la mano luego,  
de Egipto vengo por tí.

Aunque de mis secos labios  
oigas la buena-ventura,  
corri toda Estremadura,  
ambas Castillas corri.

Niña, salí de mi tierra  
á buscarte.  
Ya mi cabeza está blanca;  
pero al fin en Salamanca  
logro hallarte.

#### HERNAN.

La mágica para mí es  
gran locura.  
Solo el verte cual te ves  
tu pretension asegura.  
Habla pues,  
pero dí la verdad pura:  
no pone susto en Cortés  
ventura ni desventura.

#### LA GITANA.

Qué rayita! qué rayita!  
—Atravesarás los mares  
con arcos militares  
y con soldados en pos.  
—¿Te contentas, niño loco?

#### HERNAN.

Eso es poco.

#### LOS ESTUDIANTES.

¡Bien por Dios!

#### LA GITANA.

Para mundo de tu gloria,  
que no cabrá en este mundo,  
otro te ofrece un profundo  
marinero ginovés.  
—¿Te contentas, niño loco?

#### HERNAN.

Eso es poco.

#### LOS ESTUDIANTES.

¿Poco es?



LA GITANA.

Allí, tierra que en horrores  
de idolos el sol vé llena,  
la santa Cruz nazarena  
con tu mano plantarás.

—¿Te contentas, niño loco?

HERNAN.

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES.

¿Quieres mas?

LA GITANA.

Antorcha cual tú, gigante,  
incendiarás mil navios,  
para que admiren tus brios  
mar, tierra y cielo á la vez.

—¿Te contentas, niño loco?

HERNAN.

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES.

¿Qué altivez!

LA GITANA.

Tus esclavos, sus monarcas;  
Sus princesas, tus queridas;  
y de millones de vidas  
tu capricho rey será.

—¿Te contentas, niño loco?

HERNAN.

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES.

Loco está.

LA GITANA.

De riquezas y tesoros  
inundarás las Castillas,  
y sus hijos de rodillas

te adorarán como á Dios.

—¿Te contentas, niño loco?

HERNAN.

Eso es poco.

LOS ESTUDIANTES.

¡Voto á brios!

LA JITANA.

En dos mundos, que unió el lazo  
de tu mandoble en la guerra,  
no habrá un puñado de tierra  
do espíres sobre tu arnés.

—¿Te contentas, niño hidalgo?

HERNAN.

Eso es... algo.

EL ECO DE LOS SIGLOS.

¡Mucho es!!!

VICENTE BARRANTES.

**SONETO.**

A LOS TREINTA AÑOS.

¡Hé aquí el instante! adios! ay! os despido,  
Belleza, amor, locura, poesia!

Llegó por fin el importuno día.

Mitad de mi jornada hácia el olvido!

La juventud con su esplendente ruido

Me dió hasta aquí valor y compañía,

Solo de hoy mas, escucharé en mi via,

De la razon el áspero sonido!

¿Adónde voy? Mi corazon ya no ama!

¿Su amor dará á mi espíritu la ciencia?...

Sino ahí está el fastidio que me llama

A tejer con estúpida paciencia

Los sucios hilos de la negra trama

Que en su viudez enluta á la esperiencia!

Valencia, Julio, 1848.

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.



(Piensa en su amor.)

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo 26.